

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS

EN LA

REGIÓN SERRANA DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA

(BREVE NOTICIA PRELIMINAR)

POR

FRANCISCO DE APARICIO

La provincia de Córdoba es una de las regiones menos conocidas arqueológicamente, dentro de nuestro país. Los exploradores que estudiaron la región montañosa del noroeste argentino fueron atraídos exclusivamente por los ricos yacimientos dejados por los antiguos diaguitas, a cuyo estudio dedicaron todas sus energías.

Las serranías de la provincia de Córdoba han de esconder, sin embargo, inapreciables restos para reconstruir el estado de cultura de los pueblos que antiguamente las habitaron, los cuales — al decir de uno de los autores que de ellos se ocuparon — «por su ubicación geográfica debieron constituir el vínculo entre las culturas primitivas de los llanos meridionales de la República y las de las regiones montañosas del N. O. o de las selvas chaqueñas».

Todas las crónicas antiguas que mencionan los incógnitos habitantes de las sierras de Córdoba, coinciden — con rara unanimidad — en denominarlos Comechingones, considerándolos como una agrupación independiente de los diaguitas, con hábitos y lengua distintos. Estas afirmaciones han sido aceptadas por todos los autores modernos que, directa o accidentalmente, se ocuparon de aquellos pueblos.

En su grande obra sobre la región andina de nuestro país, Boman, glosando las principales fuentes conocidas, traza, por primera vez, una muy somera síntesis de la civilización de los comechingones y, luego, agrega: «Je ne connais pas d'antiquités provenant de la Sierra de Córdoba et aucune publication n'a été faite sur les vestiges que doivent y avoir laissés ses habitants préhispaniques. On ne peut donc établir, par

voie archéologique, les affinités ou les différences de ceux-ci avec les dia-
guites ou avec d'autres peuples».

Pocos años más tarde, este desconocimiento absoluto de la arqueología de Córdoba había de atenuarse considerablemente con la publicación de una excelente monografía de Outes: «Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba» (1), en la cual su destacado autor daba información completa de todo el material que entonces se conocía, conservado en los museos de La Plata y de Córdoba y en algunas

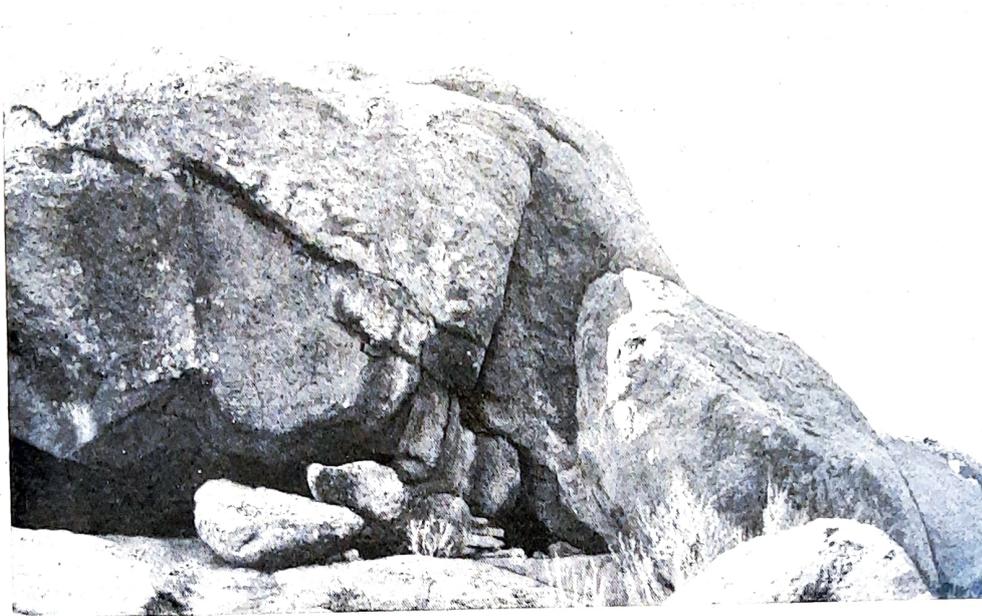


Fig. 1

colecciones particulares de Córdoba. No era aquél, en verdad, numeroso y, por desgracia, procedía en su casi totalidad de hallazgos ocasionales efectuados por diletantes o turistas, y falto, en buena parte, de procedencia exacta. Resumíanse, además, en esta monografía casi todas las fuentes históricas accesibles, pero se resentía de la falta absoluta de noticias acerca de observaciones sobre el terreno que, desgraciadamente, Outes no pudo efectuar.

Posteriormente sólo se ha publicado sobre el tema que nos ocupa, una pequeña monografía, de alto mérito, sin duda, pero de asunto muy especializado y circunscripto (2). El señor Gardner, autor del trabajo

(1) En la «Revista del Museo de La Plata». Tomo XVII. Buenos Aires, 1911.

(2) G. A. GARDNER: *El uso de tejidos en la fabricación de la alfarería prehistórica en la provincia de Córdoba*, «Revista del Museo de La Plata», Tomo XXIV. Buenos Aires, 1919.

aludido, realiza desde hace muchos años, sistemáticamente, prolijos estudios de pinturas rupestres, muy abundantes en ciertas regiones de la serranía cordobesa y, asimismo, ha reunido una interesante colección arqueológica que oportunamente dará a conocer. La publicación de las pinturas rupestres que el señor Gardner ha reproducido y que forman ya una considerable colección, constituirá un aporte inestimable para el conocimiento de los pueblos que estudiamos.



Fig. 2

A estos antecedentes, ligeramente esbozados, redúcense — salvo tal cual noticia accidental — los conocimientos dados a luz acerca de los aborígenes de la sierra de Córdoba.

La falta absoluta de noticias acerca de los yacimientos arqueológicos de la sierra de Córdoba, decidíome a intentar su reconocimiento e investigación, habiendo dedicado a su estudio, durante tres años consecutivos, todo el período de vacaciones. La región estudiada comprende desde las estribaciones meridionales que se confunden con la pampa, hasta la sierra de Ischilín comprendida ya entre las ramificaciones septentrionales del sistema. En el transcurso de mis andanzas he logrado reunir una colección arqueológica realmente considerable, comparada con las conocidas hasta ahora, así como efectuar prolijas e interesantes observaciones sobre el terreno, de las cuales sólo he adelantado, en una breve comunicación presentada al Congreso de Americanistas reunido última-

mente en Gotemburgo, algunos informes acerca de las habitaciones troglodíticas de estos aborígenes (1).

Los nuevos elementos de juicio que he recogido en mis viajes, así como el conocimiento de algunas importantes colecciones particulares, (2) arrojan sobre el problema suficiente luz como para justificar el esbozo de esta ligera comunicación, en que intento dar una idea del estado actual de los conocimientos arqueológicos relativos a los aborígenes de Córdoba.



Fig. 3

Boman y, especialmente Outes, han trazado la síntesis de la civilización de los comechingones a la luz de las informaciones históricas, dadas por los antiguos cronistas. Fuera incurrir inoficiosamente en la glosa el intentar aquí análoga tarea, mas como sus lineamientos generales nos son necesarios para las comparaciones que deseamos establecer, las resumiremos en breves líneas.

En el momento de la conquista europea designábase bajo el nombre general de comechingones a los habitantes de toda la región serrana de

(1) FRANCISCO DE APARICIO. *Les habitations troglodytiques des aborigenes de la Région montagneuse de la province de Córdoba*. En breve daré a publicidad esta comunicación, ampliándola con todas las referencias que he podido recoger sobre el asunto, las que, naturalmente, debí reducir por razones de espacio.

(2) Debe mencionarse, en primer término, la colección del doctor Jorge Magnán, de Córdoba, numerosa y escrupulosamente documentada; procede, en su mayoría, de los yacimientos próximos a la Capital. El doctor Antonio J. Cafferata, de Rosario, ha reunido una pequeña pero selecta colección, procedente, en su casi totalidad, del valle del río Anisacate.

la provincia de Córdoba y quizá las llanuras próximas: el área exacta de su dispersión nos es desconocida.

Figuran también en las viejas crónicas, vaga y ambiguamente, otras agrupaciones designadas bajo los nombres de Sanavirones e Indamas, citadas unas veces como lenguas independientes, otras como conjuntos étnicos. Nada sabemos acerca de ellos. Boman — conjeturalmente — los ubica en los llanos del sur de la actual provincia de Santiago del Estero.

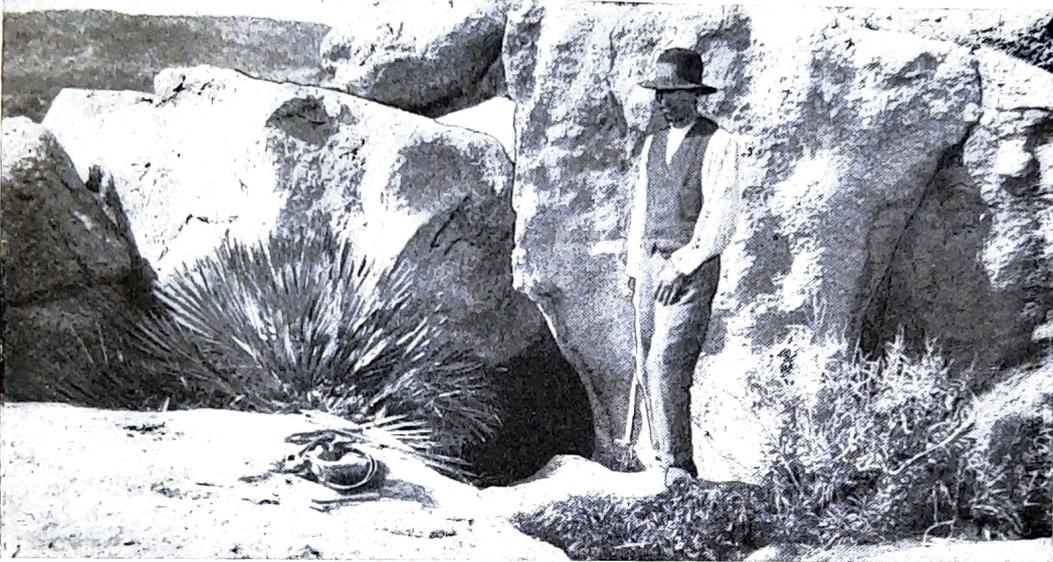


Fig. 4

Indiferentes siempre los cronistas a los caracteres antropológicos de las poblaciones indígenas, pocos y contradictorios datos nos han suministrado acerca de los comechingones; si eran «gente crecida» para unos, proclamaban otros su condición de pigmeos.

Confusos e imprecisos son también los informes relativos a la lengua o lenguas de los comechingones — puesto que varios insisten en su pluralidad —, pero de ellos surge con toda evidencia que los aborígenes de Córdoba no hablaban la lengua de los diaguitas: el kakan.

Pueblo sedentario y agricultor, alimentábase especialmente de los productos de su siembra y de la cosecha de frutas silvestres; había llegado también a la domesticación de ciertas especies de camélidos que les suministraban la lana para sus tejidos, puesto que eran los comechingones «gente vestida como la del Perú».

Las informaciones acerca de sus viviendas son también confusas y contradictorias; describen unos complicados tipos de casas semisubterráneas, sostienen otros que eran trogloditas.

Las referencias relativas a su organización social, religión y vida psíquica son, en general, casi nulas.

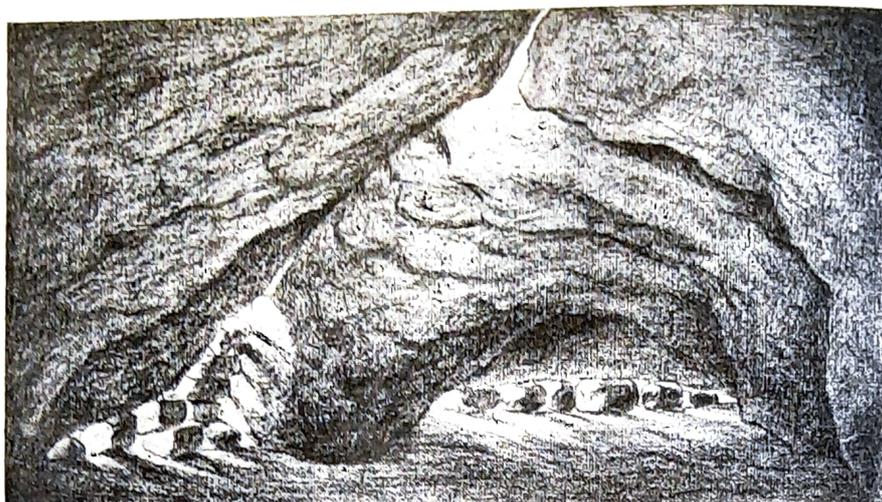


Fig. 5

Cabría agregar que — a diferencia de sus belicosos e irreductibles vecinos — fué éste un pueblo manso y pacífico que opuso escasa resistencia a la conquista europea.

Las observaciones que he efectuado sobre el terreno pueden resumirse brevemente, en la siguiente forma:

HABITACIONES.

Pocos vestigios de viviendas han quedado sobre el antiguo asiento de los comechingones. Los mejor conservados son los abrigos naturales complementados con ligeros trabajos secundarios para hacerlos más confortables y eficaces. En una comunicación especial a que he aludido anteriormente he dado informes prolijos acerca de este curioso tipo de habitación que hasta hoy resulta típico de los aborígenes de Córdoba. El malogrado Adán Quiroga hace referencia a habitaciones de tipo análogo en ruinas de pueblos prehispánicos en las vertientes orientales del Aconquija (1). Las afirmaciones del autor de «La Cruz en América»

(1) ADÁN QUIROGA. *Ruinas de Anfama*. «Boletín del Instituto Geográfico Argentino». Tomo XX. Buenos Aires, 1899.

resiéntense, en éste como en otros muchos casos, de falta de pruebas. Sería de un alto interés constatar este hábito en aquellos pueblos cuya filiación étnica permanece también dudosa. A fin de no prolongar este trabajo con documentación de hechos que en otra parte he probado acabadamente, límitome aquí a insertar algunas fotografías de viviendas de esta índole. (Figs. 1 a 9).

Hállanse también con relativa frecuencia vestigios de construcciones con paredes de pirea. Mas la extraordinaria pobreza de restos de industria que es característica principal de esta región, dificulta sobremanera la prueba de la antigüedad de restos de esta índole; prefiero, por lo tanto, mantenerme reservado, a la expectativa de un hallazgo feliz que me permita salir de dudas definitivamente. Conviene recordar, sin embargo, que los criollos actuales son habilísimos en construcciones de éste género que cruzan las serranías en todo sentido estableciendo términos de propiedades. El oficio de «pirquero» es, sin duda, difícil y casi inaccesible a los extranjeros. Todo hace suponer, pues, que una práctica tan arraigada en los naturales de una región, sea aborígen.

A pesar de haber puesto en ello especial empeño, no he podido recoger ninguna información acerca de la existencia de indicios del extraño tipo de habitación semisubterránea descrita en la famosa «Relación» de la fundación de Córdoba. (1)

FORTIFICACIONES.

Las observaciones formuladas en el párrafo anterior, acerca de los restos de viviendas con paredes de pirea, podrían repetirse con respecto a ciertas probables murallas de defensa que se encuentran emplazadas en lugares realmente estratégicos, que los pobladores actuales conocieron siempre así y no saben cual pudo ser su destino ni su origen. Todo hace presumir que se trata de verdaderas fortificaciones levantadas por los aborígenes, pero sólo podría comprobarse su destino realizándose exploraciones sistemáticas e intensivas en los alrededores.

Conviene recordar que la ciudad de Córdoba se emplazó al pie del *Pucará* — o fuerte indígena — según consta en numerosas fuentes his-

(1) *Relacion e suma delatierray poblazones que don gerónimo Luis de cabrera bouernador de las prouincias de los Jartes ha descubierto donde va a poblar en nombre de Su magestad una ciudad*, en RICARDO JAIMES FREYRE, *El Tucumán Colonial*. Buenos Aires, 1915.

tóricas; Pucará fué uno de los varios nombres que llevó el río Primero, antes de ser bautizado con el insípido ordinal que había de perdurar. La toponimia ha conservado el nombre de Pucará para un suburbio de Córdoba donde probablemente debió alzarse el baluarte indígena cuyos vestigios han desaparecido por completo. Su construcción debió ser, pues, deleznable, comparada con las admirables construcciones con que sus vecinos los diaguitas defendieron las eminencias que dominaban sus valles, o los aborígenes de Humahuaca los «angostos» de su quebrada. Las for-



Fig. 6

tificaciones a que he aludido señalarían — en el caso de comprobarse su antigüedad — un verdadero abismo en cuanto a capacidad constructiva entre los aborígenes de Córdoba y los del resto de la región montañosa del noroeste argentino, puesto que éstas sólo se reducirían a algunas pircas aisladas que facilitarían la defensa de determinados pasos, exclusivamente.

CONSTRUCCIONES VARIAS.

Análogo problema se plantea en la interpretación de algunos evidentes vestigios de diques o represas para riego, cuya procedencia indígena parece indudable pero que no es posible probar.

En cuanto a otros restos señalados en las provincias andinas, como piedras paradas, alineamientos de piedras, apachetas, etc., inclínome a

creer que faltan en absoluto, no he podido obtener el más leve indicio que haga presumible su existencia. Otro tanto puede repetirse acerca de terrazas o andenes para cultivos.

SEPULTURAS.

Así también, han sido desconocidas por los comechingones las variadas e interesantes construcciones funerarias que ejecutaron los diaguitas y los habitantes de la Puna y la Quebrada de Humahuaca.

Las sepulturas que he excavado personalmente, y las referencias numerosas que he podido obtener, coinciden y permiten afirmar que las inhumaciones se realizaron directamente en la tierra, sin ajuar funerario de ninguna especie. El cadáver era enterrado con las piernas plegadas sobre el pecho, en decúbito lateral, generalmente. He recogido referen-



Fig. 7

cias de inhumaciones en que los cadáveres estaban colocados verticalmente; personalmente he observado sepulturas en que yacían dos cadáveres con los cráneos orientados en sentido opuesto; debajo de un abrigo natural (Fig. 9). que había sido utilizado como vivienda, extraje un cadáver que luego de inhumado había sido apretado con grandes bloques de piedra y cuya cabeza separada del tronco había sido enterrada a corta distancia. Los entierros en urnas parece que faltan totalmente, tanto para párvulos como para adultos.

Cabría agregar, que no he tenido noticias de cementerios, propiamente dichos: los entierros se hacen, por lo común, aisladamente, sin dejar al exterior ningún signo indicador, razón por la cual los hallazgos son casi

siempre ocasionales. Sólo tres lugares conozco donde se hayan encontrado varios esqueletos, pero su número no ha pasado de cuatro o cinco.

RESTOS INDUSTRIALES.

Llevo dicho que la cantidad de material arqueológico que he logrado reunir es considerable, si se tiene en cuenta la pobreza de la región estudiada, que ha sido considerada, durante muchos años, como completamente estéril.



Fig. 8

Ahora bien, siendo esta breve comunicación sólo una noticia preliminar de estudios inconclusos aun, sólo tomaré en consideración aquellos restos que por su abundancia y la persistencia de sus caracteres puedan tomarse como elementos de juicio para establecer analogías o diferencias, con objetos análogos de otras procedencias. Reservaré, pues, para mejor oportunidad aquellos que respondan a formas demasiado universales, v. gr., láminas, cuchillos, raspadores, punzones, etc. O bien, otros que he obtenido en número tan escaso que no es posible generalizar nada acerca de ellos, v. gr., pipas, colgantes, chaquiras, etc.

Morteros. — En primer término, debemos mencionar los morteros fijos, excavados directamente en las rocas más o menos lisas que afloran en la superficie del suelo. Restos de esta clase abundan en toda la región montañosa de nuestro país, desde Mendoza y San Luis hasta la Puna

de Atacama, y han sido señalados por numerosos autores, pero en el antiguo asiento de los comechingones encuéntranse en cantidad realmente extraordinaria, contándose por centenares en áreas de terreno relativamente poco extensas.

A pesar de hallarse en tan grande cantidad, la forma de estos morteros responde siempre a un tipo general cupuliforme, de boca circular. Aunque en número muy escaso se encuentran también morteros con boca elíptica. Las dimensiones, en cambio, varían al infinito; he efectuado

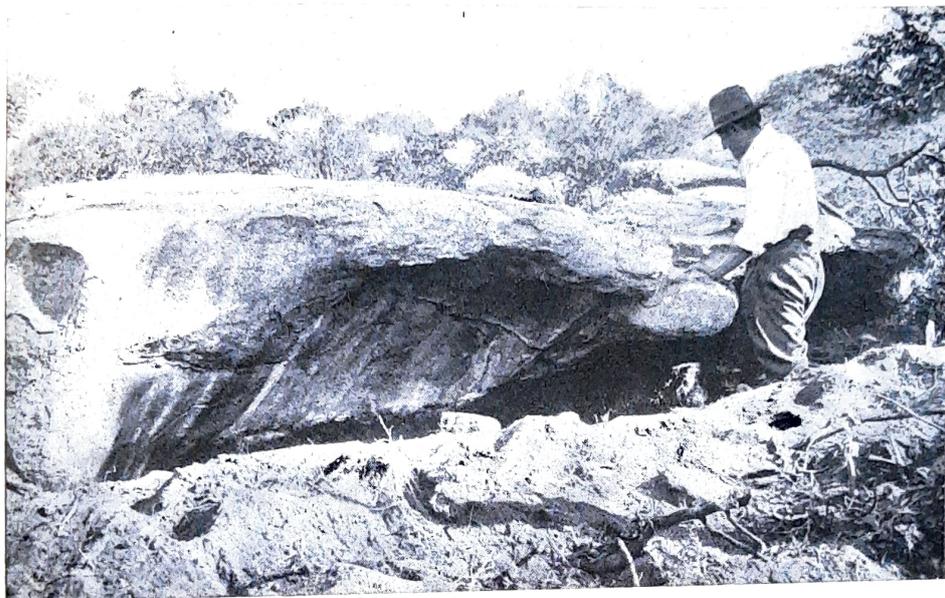


Fig. 9

numerosísimas mediciones, siendo las medidas máximas 0 m. 25 para el diámetro de la boca y 0 m. 50 para la profundidad.

Los criollos de la provincia de Córdoba utilizan, aún hoy, buen golpe de estos morteros para su molienda, eligiendo por lo general la proximidad de uno de ellos antes de emplazar una nueva morada. Algunos autores han puesto en duda la interpretación de estos restos o les han atribuído un valor simbólico, además de su destino práctico. No es ésta, ciertamente, la oportunidad de abordar tan escabroso tema, pero considero conveniente llamar la atención acerca del hecho sugestivo de que en las rocas en que han sido excavados muchos hoyos cupuliformes, se hallan éstos tan próximos unos a otros que sólo es posible usar simultáneamente unos pocos. (Figs. 10 a 12).

Los morteros excavados en piedras sueltas abundan sobremano y su tamaño varía desde los diminutos de 0 m. 04 de diámetro hasta alcanzar

las dimensiones máximas de los excavados en las rocas fijas. Por lo común, en estos últimos, la piedra se deja externamente en estado natural y probablemente se usaron semienterrados, porque de los ejemplares que conozco ninguno asienta naturalmente; los ejemplares pequeños, en cambio, han sido cuidadosamente alisados en la base a fin de darles un asiento perfecto. (Figs. 13 y 14).

Molinos, — o *conanas* como se los llama en la comarca, — se encuentran también en gran abundancia y su uso es frecuente, aún hoy. Con-

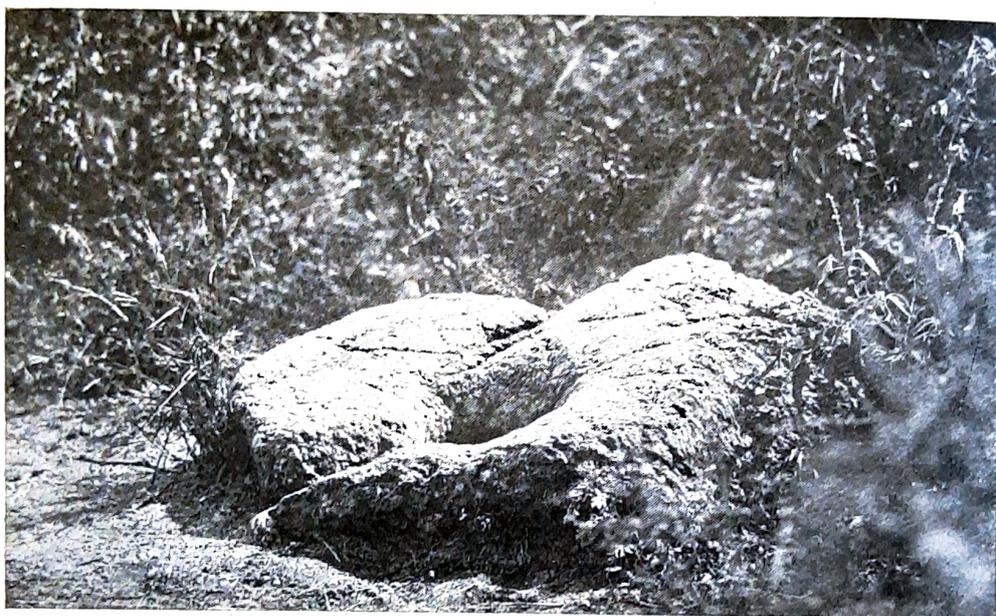


Fig. 10

sisten, simplemente, en una laja de piedra de superficie plana, sobre la cual se echa el grano, y una pequeña mano constituída por un canto natural con una cara más o menos lisa. Con el uso, ambas piedras van adquiriendo forma peculiar: originase en la primera una depresión que va aumentando gradualmente con el uso hasta llegar al desgaste total de la piedra; análogamente las manos se van adelgazando hasta convertirse en piedras planas pulidas por ambas caras y concluyen por inutilizarse por falta de espesor. (Figs. 15 y 16).

9 Poseo un ejemplar de conana de tipo excepcional que presenta depresiones intencionales en ambas caras y un agujero central, abierto con el evidente propósito de poder recoger la harina dentro de un recipiente colocado debajo del artefacto. (Fig. 17).

Instrumentos de esta índole se encuentran en todo el noroeste, pero en Córdoba parece que no han existido los hermosos molinos allí señalados, cuya superficie plana había sido esculpida previamente para alisarla y cuya amplia mano, con una cara tallada en forma de media luna, molía por medio de un rítmico movimiento de vaivén.

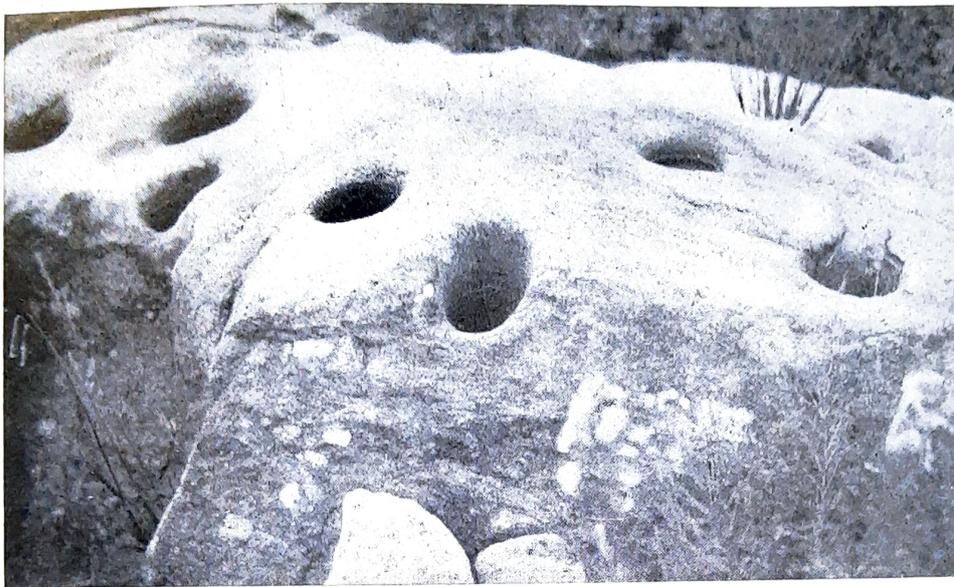


Fig. 11

Hachas. — Entre los instrumentos de piedra de los antiguos comechingones parece haber tenido especial preponderancia el hacha de clásico tipo americano. Poseo 82 ejemplares de hachas — incluyendo algunos instrumentos afines, martillos, escoplos, etc. — recogidos en el curso de mis andanzas y procedentes de muy diversas localidades, desde Ischilín hasta Calamuchita. Hay entre ellos una gran variedad morfológica; en las láminas que adjunto he seleccionado algunos ejemplares de variedades diversas: de surco completo, doble y sencillo; de surco incompleto, doble y sencillo; sin surco, etc.; a estas características principales únense otras secundarias que exigirán una complicada clasificación tipológica para su estudio definitivo.

A pesar de la gran variedad de ejemplares que poseo, puede afirmarse que éstos, como todos los que conozco procedentes de la provincia de Córdoba, responden al tipo clásico de hachas americanas, tan difundido en toda la zona andina y subandina de nuestro país, que desaparece casi en Perú y reaparece luego desde Ecuador al Norte, siendo abundante nuevamente en el territorio de Estados Unidos. (Figs. 18 y 19).

Bolas. — Después de las hachas, las bolas constituyen el instrumento más difundido en esta región.

Estos dos restos, tan abundantes dentro de la escasa producción industrial de los comechingones, constituyen sus mejores rótulos etnográficos. El primero, señala su vinculación con los pueblos de cultura andina; el

segundo, la influencia ejercida por los pueblos de la pampa, vecinos de ellos por el sur y el este.

La cantidad de bolas recogidas en los yacimientos arqueológicos de Córdoba debe ser realmente extraordinaria, puesto que desde hace muchos años constituyen un hallazgo precioso para los pobladores modernos que no pueden prescindir de su servicio y son incapaces de fabricarlas. Por esta circunstancia resulta muy difícil conseguirlas, sólo se las obtiene pagándolas a muy alto precio o teniendo la fortuna de encontrarlas *in situ*, lo cual

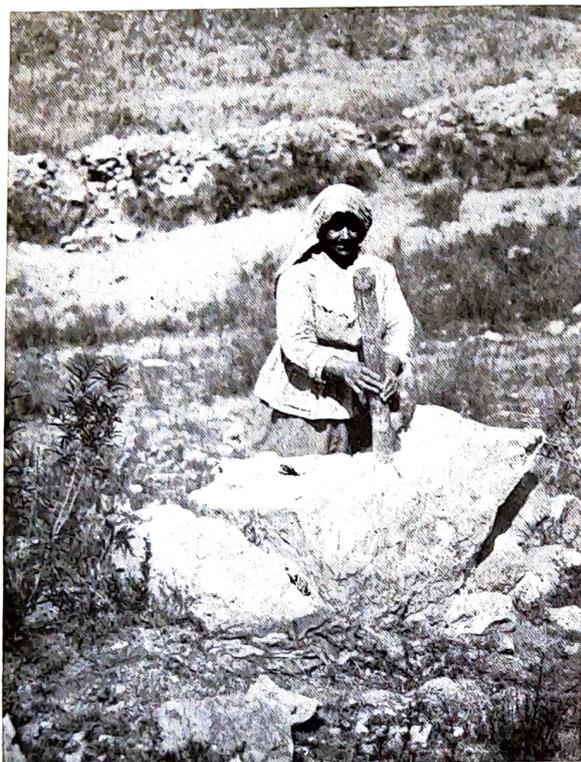


Fig. 12

hoy resulta casi imposible, tratándose de ejemplares enteros.

Todas las bolas que he observado procedentes de Córdoba son esféricas o subsféricas (un solo ejemplar cono zco periforme); la mayoría carecen de surco, pero algunos ejemplares lo tienen, más o menos definido; otros presentan el surco limitado por dos labios abultados.

Es indudable que los comechingones debieron aprender de los aborígenes de la pampa el uso de esta interesante arma que sólo se presenta esporádicamente en el noroeste y en el Chaco. Subsiste hoy todavía la influencia prehispánica. Las boleadoras, poco usadas en la región andina, forman parte integrante del apero de un serrano cordobés. Aun las policías, vestidas y equipadas a la inglesa, usan — oculta por supuesto — la boleadora como utensilio indispensable, no sé si reglamentario. (Fig. 20).

Puntas de flecha. — La colección de puntas de flecha que he logrado reunir en Córdoba es realmente numerosa. Desechando aquellas fragmentadas cuya forma no puede establecerse con precisión, poseo 385



Fig. 13 $\pm 1/4$



Fig. 14 $\pm 1/2$

ejemplares susceptibles de clasificarse tipológicamente. No es ésta la oportunidad de intentar una rigurosa clasificación de tan numeroso material, basta para mi intento fijar a grandes rasgos sus caracteres esenciales.

La inmensa mayoría de las piezas de piedra carece de pedúnculo: sólo 27 ejemplares son pedunculados, están todos provistos de aletas y la mayor parte de ellos son de dimensiones muy pequeñas (Fig. 21); los 358 ejemplares restantes presentan, en general, formas triangulares o lanceoladas, de base recta o escotada. (Figs. 22 y 23). En escaso número figuran los ejemplares amigdaloides y losángicos; hago abstracción de ellos porque, como lo tengo dicho, sólo intento trazar, a grandes rasgos, caracteres generales. Por esta misma causa he incluido en esta enumera-



Fig. 15

ción de puntas, algunas cuyas dimensiones exceden de las habitualmente establecidas para las puntas de flecha.

Desgraciadamente la comparación de este material con restos análogos procedentes de regiones vecinas, resulta casi imposible. A pesar de la gran cantidad de publicaciones que se han efectuado acerca de la arqueología diaguita, carecemos casi en absoluto de detalles acerca de la tipología de tan interesantes restos. Boman ha documentado prolijamente esta industria en sus investigaciones en la Quebrada del Toro y la Puna de Jujuy: «les pointes de flèches pédonculées — nos dice — sont les plus communes dans la Puna argentine et sur le haut plateau bolivien, et que celles de la Quebrada del Toro n'ont pas de pedoncule». (1)

(1) ERIC BOMAN. *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. Tomo II, pág. 572. París, 1908.

Ambrosetti ha publicado cinco ejemplares procedentes de La Paya (1), todos ellos triangulares, de base fuertemente escotada. Quiroga dió a conocer una punta de flecha, encontrada en las ruinas del pueblo prehistórico de La Ciénaga, provincia de Tucumán, (2) es de forma ligeramente lanceolada y de base recta. Procedentes de la provincia de Catamarca, ha publicado Bruch algunos ejemplares encontrados en el antiguo pueblo de Fuerte Quemado. «Hay entre estas puntas de flecha — dice — muchas de forma triangular, con los dos bordes y la base rectos o lige-



Fig. 16 ± 1/3

ramente convexos; otras, en esta última parte, cóncavas, y muchas veces profundamente escotadas, conservando dos aletillas pronunciadas; este grupo *constituye el tipo predominante en la región*. Se encontraron también puntas de flecha más o menos pedunculadas en su base...» (3). Ignoramos cuál puede ser el valor de estas afirmaciones porque el eminente naturalista no nos dice en base a qué cantidad de material ha formulado él sus conclusiones; en la ilustración respectiva sólo figuran once ejemplares (número realmente insignificante), pero en el texto parece que se da a entender que el número encontrado fué mayor. Concuerta, sin embargo, esta afirmación con la de un buen conocedor de la región diaguita, Debenedetti, según la cual, en los valles calchaquíes «parecen predominar las

(1) JUAN B. AMBROSETTI. *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*, en «Revista de la Universidad de Buenos Aires». Tomo VII. Buenos Aires, 1907.

(2) QUIROGA. Op. cit.

(3) CARLOS BRUCH. *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*, en «Revista del Museo de La Plata». Tomo XIX, pág. 98. Buenos Aires, 1913.

puntas de flecha de tipo triangular, alargadas y de base fuertemente escotadas» (1). Posteriormente, este autor dió a conocer 25 ejemplares procedentes de Barreal, provincia de San Juan, entre los cuales privaban también flechas de tipo análogo (2).

Bastan, a mi juicio, estas referencias, las más autorizadas y las mejor documentadas, para dejar sentado — provisionalmente, en base a los conocimientos actuales — que los tipos más frecuentes de puntas de flecha



Fig. 17 $\pm \frac{1}{6}$

de la región diaguita presentan formas triangulares o lanceoladas, con base recta o escotada. En consecuencia, podemos afirmar que las puntas procedentes de la provincia de Córdoba responden, exactamente, a ese tipo.

Carecemos casi en absoluto de noticias de hallazgos arqueológicos en los llanos orientales y meridionales de la provincia de Córdoba. En el centro de la provincia de Buenos Aires se han efectuado algunos hallazgos de puntas de flecha. Parece que los tipos patagónicos dominan también en esta región, y lógico es admitir que los indígenas que las emplearon

(1) SALVADOR DEBENEDETTI. *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la Isla de Tilcara*, pág. 243, Buenos Aires, 1910.

(2) SALVADOR DEBENEDETTI, *op. cit.*



Fig. 18 ± 1/2

fueron, — temporariamente al menos, según el azar de sus correrías — vecinos de los comechingones. Los hallazgos más próximos a la sierra de Córdoba, hacia el oriente, han sido realizados por Frenguelli (1). Los tres ejemplares que el autor publica presentan caracteres bien definidos: dos de ellos (2) corresponden a tipos netamente patagónicos y encuadran dentro del tipo 3° del grupo sin pedúnculo establecido por Outes (3), el cual «se caracteriza por sus bordes paralelos en $\frac{3}{4}$ de la longitud, aunque cerca del ápice se estrechan para producir la punta»; el tercero es una punta lanceolada de cuarcita blanca, tallada sólo en el borde y en una cara, corresponde, exactamente, a la bien conocida y característica industria del litoral Atlántico de la provincia de Buenos Aires. Posteriormente a la publicación del citado trabajo de Frenguelli, tuvimos la suerte de encontrar a muy corta distancia de los hallazgos anteriores, otra punta de más definido carácter patagónico aún. Puede incluirse dentro de la 2ª clase, tipo 1° del grupo pedunculado, establecido por Outes (4), el cual «se caracteriza, por la forma triangular del limbo. En la inmensa mayoría de los ejemplares isósceles, etc.». En la figura 24 incluyo esta punta (c) conjuntamente con los dos ejemplares enteros ya publicados por Frenguelli (a-b) y, finalmente, un hermosísimo ejemplar obtenido también en una excursión realizada en compañía de mi compañero de tareas, en las inmediaciones de Pueblo Brugo, provincia de Entre Ríos (d); este último a primera vista podría considerarse, por su arquitectura, diremos, como un tipo andino, pero no cabe duda que se trata también de una pieza de procedencia patagónica, correspondiente al tipo 4°, variedad b, del primer grupo establecido por Outes (5).

Las piezas que acabo de mencionar constituyen la única documentación presentada hasta ahora, acerca de la presencia de esta clase de restos a lo largo del curso inferior del Paraná y sus afluentes (6). A pesar de

(1) JOAQUÍN FRENGUELLI. *Excursión en los alrededores de Esperanza*. «Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba». Tomo XXIV. Córdoba, 1920.

(2) Fig. 11 (f-h).

(3) FÉLIX F. OUTES. *La edad de la piedra en Patagonia*. «Anales del Museo Nacional de Buenos Aires». Tomo V. Buenos Aires, 1905.

(4) Op. cit.

(5) Op. cit.

(6) Debenedetti ha dado a conocer una punta procedente de Baradero que, en su opinión, debe ser de origen patagónico. No he mencionado este ejemplar en el texto porque considero que el lugar de procedencia está fuera de la probable zona de comercio entre aborígenes de Córdoba y el litoral. (Véase: SALVADOR DEBENEDETTI, *Noticia sobre un cementerio indígena de Baradero*, en «Revista de la Universidad de Buenos Aires». Tomo XIII. Buenos Aires, 1911).



Fig. 19 ± 1/2

escaso número, su valor documental no es despreciable, por tratarse de muestras de una industria casi desconocida en la región, en la que comienza por faltar en absoluto toda materia prima. Podría, pues, concluirse que en este aspecto la industria lítica de los aborígenes de Córdoba, carece de analogías con la de los del litoral, a juzgar por los ejemplares encontrados hasta ahora.

Puntas de flecha de hueso. — El conjunto de puntas de flecha de hueso es casi tan numeroso como el de piedra: se compone de 375 ejemplares, todos perfectamente definidos y en excelente estado de conservación.

Entre éstas hállanse representadas casi en igual proporción las pedunculadas y las no pedunculadas, 180 y 192 ejemplares, respectivamente. Estas últimas presentan, sin excepción, la base escotada.

Las puntas de hueso han sido halladas en toda la región andina de nuestro país, en mayor abundancia que las de piedra. Desgraciadamente, parece que en muchos casos su estado de conservación no permitía establecer su forma primitiva. Acaso sea esta la causa de que los ejemplares dados a conocer por Ambrosetti, Boman, Bruch, Debenedetti, etc., sean, en verdad, poco numerosos. Algunos autores han sentado determinados caracteres como típicos dentro de la región diaguita, pero sus afirmaciones han sido formuladas en forma completamente ambigua, sin especificar el material que servía de base para sentar conclusiones generales y limitándose sólo a presentar unas pocas piezas como ejemplos típicos. En mi opinión, no puede sentarse hoy, en base a la bibliografía respectiva, la tipología de las puntas de flecha de hueso de los antiguos diaguitas.

Los ejemplares publicados coinciden, en sus líneas generales, en su casi totalidad, con las puntas no pedunculadas de mi colección, de las cuales presento algunos ejemplares en la figura 25. En cambio, puntas pedunculadas como las que presento en la figura 26 no han sido señaladas aún.

El examen definitivo del numeroso material que poseo, arrojará posiblemente conclusiones interesantes, señalará — acaso — caracteres especiales para este resto dentro de la región que estudio, pero, desde ya, puede preverse que sus afinidades tipológicas han de encontrarse en la región andina.

Alfarería. — Con mayor elocuencia que todo otro documento, los fragmentos de alfarería procedentes de los yacimientos de los antiguos comchingones, ponen en evidencia su inferioridad cultural con respecto a sus vecinos de las otras regiones montañosas; no sólo por su inferior calidad,



Fig. 20 ± 1/2

sino, principalmente, por el primitivismo de su ornamentación, uno de los más acentuados de toda Sud América.

La alfarería decorada procedente de Córdoba permanece aún casi desconocida. Sólo se han dado a conocer hasta ahora ocho fragmentos — en verdad insignificantes — que Outes publicara en su interesante monografía.

La especie difundida por la «Relación» de la fundación de Córdoba, ya citada: «Es gente que no se embriaga ni se dan por esto del beber,

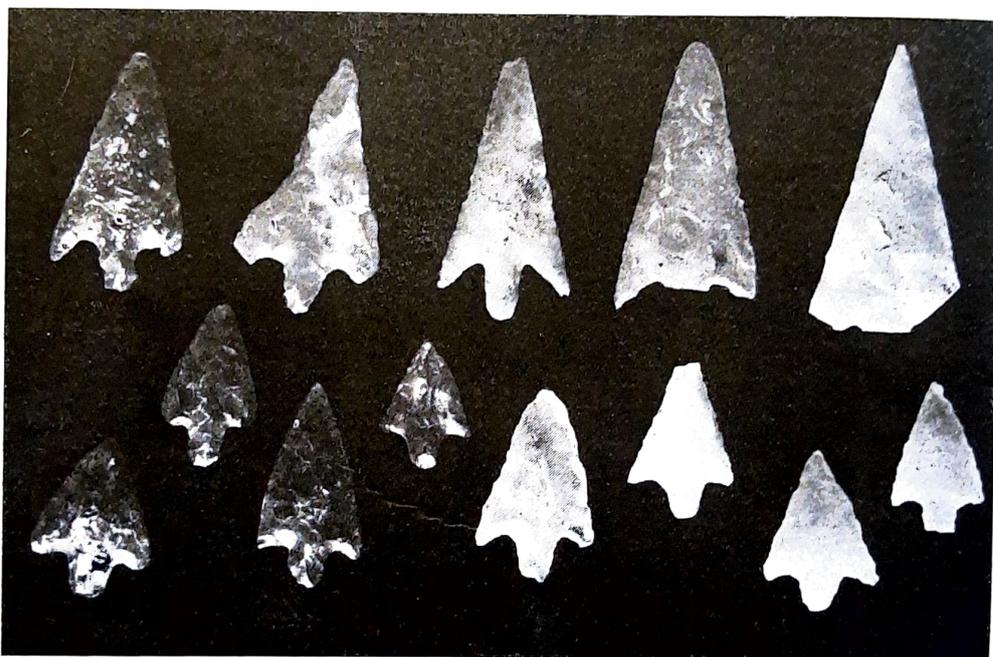


Fig. 21 ± 1/1

como otras naciones de indios, ni se les hallaron vasijas que para esto suelen tener», no resulta del todo exacta; la alfarería lisa abunda y de un modo extraordinario en los paraderos indígenas de Córdoba; la que escasea y falta a veces, en absoluto, es la alfarería decorada. Muchos millares de fragmentos de vasija debo de haber removido personalmente, sin embargo, mi colección de cerámica decorada sólo asciende a poco más de un centenar de fragmentos, de los cuales 36 presentan impresiones de textiles y el resto decoración propiamente dicha, grabada. Hasta la fecha no he encontrado el menor vestigio de decoración pintada. Por lo tanto, no es la escasez la mayor característica de la alfarería de Córdoba, sino su baja calidad y su primitivismo.

La colección que he reunido es reducida sí, mas no despreciable; además, el estudio detenido de un numeroso y selecto conjunto de alfarerías decoradas procedentes del famoso paradero de la ribera del lago San Roque, reunida por el doctor Jorge Magnin, me permite tener una idea muy completa acerca de esta industria entre los aborígenes de Córdoba.

Eludiendo la descripción, he reunido en la lámina que acompaño, (Fig. 27) varios fragmentos que, a mi juicio, bastan para dar una



Fig. 22 ± 1/4

idea clara de la pobreza de recursos artísticos de sus autores. La agrupación ha sido hecha al azar, como puede observarse. Repito, una vez más, que no intento aquí una clasificación sistemática de colecciones que espero aún poder ampliar considerablemente.

Resumiendo puede establecérsese que se trata de alfarerías que, técnicamente, se ajustan exactamente a las minuciosas observaciones efectuadas por Outes, (1) y cuya decoración, grabada siempre, se reduce a primitivas combinaciones de punto y línea, elementos éstos que, en la gran mayoría de los casos, han sido ejecutados con un instrumento de punta roma, vale decir, que se presentan muy enérgicos y definidos. Abundan las guardas geométricas muy simples, (desprovistas también, al parecer, de todo

(1) OUTES. *Los tiempos prehistóricos, etc.*, pág. 355 y siguientes.

posible valor eskeiomorfo), pero la composición que priva está constituida por figuras geométricas cerradas, cuyo interior ha sido luego, totalmente sembrado de puntos. Es en estas combinaciones donde han puesto en evidencia un poco de imaginación, tanto en la variedad de forma de los espacios cerrados, como en la de los puntos.



Fig. 23 ± 1/1

Lejos estamos, como se ve, de las magníficas alfarerías del noroeste argentino. Y, sin embargo, es entre éstas donde hay que buscar antecedentes y analogías de la cerámica de Córdoba.

Difiere ésta en absoluto de la alfarería del litoral paranense, puedo afirmarlo por cuanto me he ocupado especialmente de ella en varias ocasiones y poseo una gran cantidad de ejemplares que oportunamente estudiaré. Asimismo, difiere totalmente de la alfarería grabada de la provincia de Buenos Aires, a juzgar por numerosos ejemplares de diversas procedencias que he podido examinar, además de los divulgados por la bibliografía respectiva.

Numerosas son las obras que se ocupan, especial o accidentalmente, de la alfarería del noroeste y, en especial, de la región diaguíta. Sin embargo — duele decirlo — aun no se ha intentado un estudio sistemático y de conjunto sobre tan brillante industria. Boman, en la síntesis general con que encabeza su famosa obra, escinde en dos clases fundamentales la

alfarería diaguita: una negra con decoración grabada y otra roja con decoración pintada, y agrega: «Il n'y a presque pas d'exception à cette règle. On ne voit que très rarement de la poterie rouge gravée, bien qu'il n'y ait pas de raison pour que l'on ne grave pas sur cette couleur aussi bien que sur la poterie engobée avec de la plombagine» (1). A nuestro juicio, esta afirmación es demasiado rotunda, por cuanto el conocimiento que en la actualidad tenemos de la alfarería de los diaguitas y sus vecinos es harto incompleto. El mismo Boman nos lo dice en un trabajo reciente: «Los arqueólogos generalmente se han ocupado con las sepulturas y cemen-

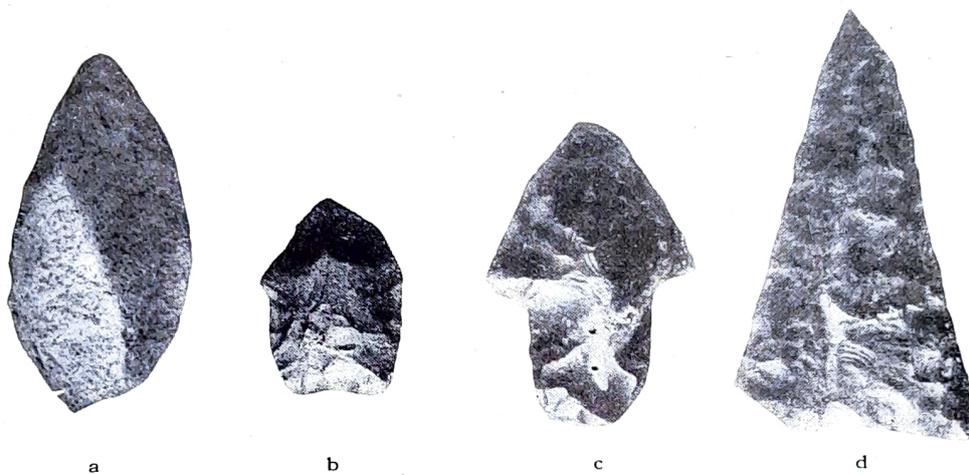


Fig. 24 ± 1/4

terios que dan piezas enteras y elegidas, depositadas junto con los muertos y no tocadas después. En cuanto a las capas de residuos de diferente espesor, que forman el suelo de las aldeas prehispánicas, con muy raras excepciones, no han sido exploradas, y, sin embargo, son estas capas de residuos, con sus numerosos fragmentos de alfarería rota y tirada, que nos dan la idea más perfecta de la industria común y de los *enseres domésticos* generales de los habitantes antiguos, etc.» (2).

Vale decir que nos falta conocer, precisamente, la alfarería ordinaria de uso doméstico, única con la cual podríamos intentar la búsqueda de analogías, puesto que éste y no otro pudo ser el destino de la basta cerámica cordobesa. Inclínome a creer que el conocimiento de ese aspecto de la industria alfarera del noroeste nos reserva más de una sorpresa. Am-

(1) Op. cit. Tomo I, pág. 113.

(2) ERIC BOMAN y HÉCTOR GRESLEBÍN. *Alfarería de estilo draconiano de la región diaguita*. Buenos Aires, 1923.

brosetti ya ha dado a conocer algunos fragmentos procedentes de Pampa Grande que presentan extraordinaria analogía con los recogidos en Córdoba (1). Desgraciadamente, el malogrado maestro, contagiado por un

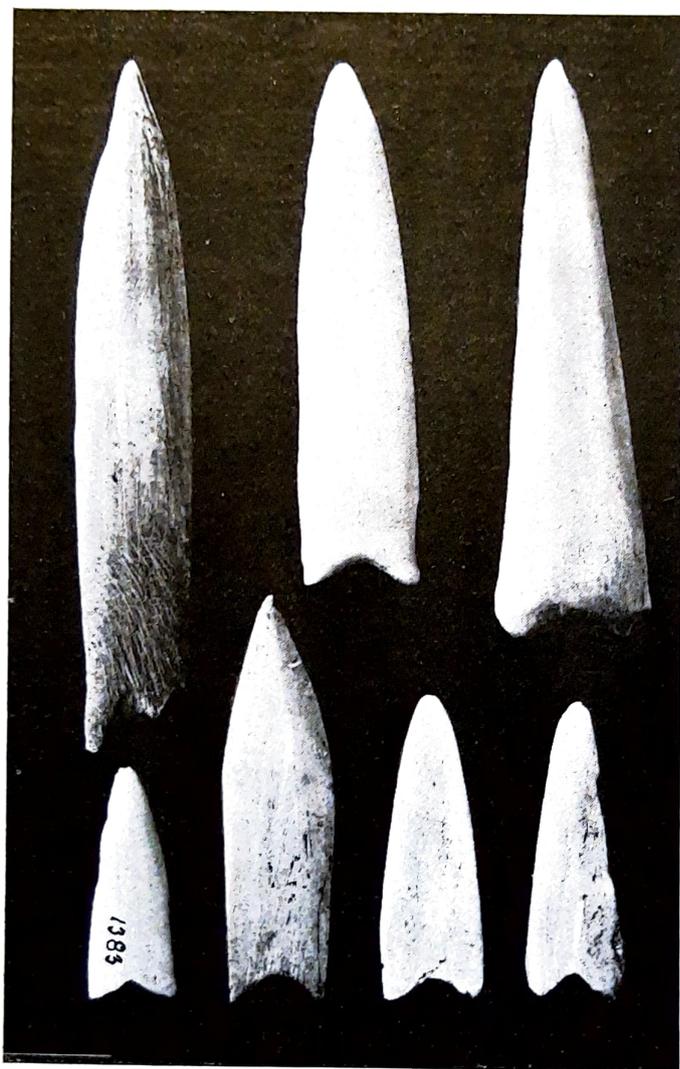


Fig. 25 $\pm 1/1$

mal, endémico en su tiempo, se pierde en prematuras divagaciones acerca de la explicación de ignorados ritos, en vez de precisar los caracteres de las piezas que exhuma, de modo que la analogía que señalo, evidente en cuanto al decorado, sólo puede presumirse, por lo que respecta a la calidad del material, por el aspecto de la fotografía publicada. De todos modos, puede afirmarse que, dentro de la bibliografía que conozco, sería esta muestra de cerámica la que más se asemeja a las que he obtenido en los yacimientos de Córdoba.

Al pie de la lámina (Fig. 27), incluyo cuatro pequeños fragmentos — los únicos que poseo — de un tipo de alfarería completamente distinto al que predomina en los yacimientos de la provincia. Es de color pardo-oscuro, casi negra, posiblemente la pasta que aun no he analizado, contiene un fuerte porcentaje de carbón; el decorado, que parece responder

Al pie de la lámina (Fig. 27), incluyo cuatro pequeños fragmentos

(1) JUAN B. AMBROSETTI. *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande*, en la «Revista de la Universidad de Buenos Aires», Tomo V, pág. 141, Fig. 146. Buenos Aires, 1906.

a conceptos más evolucionados, ha sido hecho con instrumentos muy afilados, de modo que el trazo resulta muy fino. Proceden de Quilpo, en el departamento de Cruz del Eje, región casi limítrofe con el antiguo asiento de los diaguitas, y parecería advertirse una cierta influencia de la hermosa cerámica negra con decoración grabada, típica de esa región. Desgraciadamente, los fragmentos son tan insignificantes que de ellos nada puede inferirse, sólo indican una pista que vale la pena seguir.

La cerámica con impresiones de textiles ha sido la que más ha llamado la atención a los que se han ocupado de arqueología de Córdoba. Outes le dió lugar preferente en su monografía, y un distinguido aficionado a esta clase de estudios, el señor G. A. Gardner, que ya he mencionado, ocupóse en una excelente monografía de esta interesantísima industria, estudiando 24 ejemplares recogidos personalmente de varios yacimientos del departamento de Punilla.

He recogido, como tengo dicho, una apreciable cantidad de fragmentos de esta índole entre los cuales figuran algunos realmente hermosos por su estado de conservación y la índole del trabajo. Quizá exista entre ellos algún tipo no clasificado aún, pero en esta oportunidad sería inútil darlos

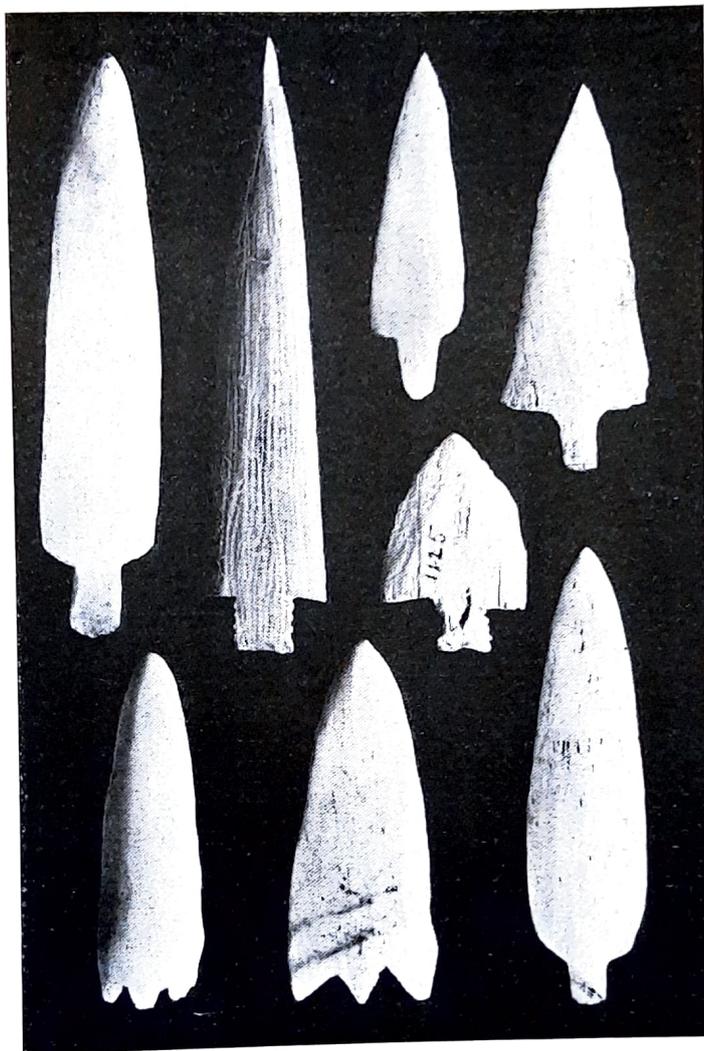


Fig. 26 ± 1/1

a conocer, pues considero que carecen de valor a los efectos de señalar afinidades o discrepancias con pueblos vecinos. El área de dispersión de tan curiosos restos nos es aun poco conocida, y menos aun, su lugar de origen. A medida que se avanza en las exploraciones arqueológicas van apareciendo en distantes regiones del país. Hasta la fecha han sido señalados en Salta, Tucumán, Catamarca, Mendoza, Patagonia y en la región insular del Paraná, frente a Diamante. Poseo algunos ejemplares inéditos procedentes de diversos paraderos situados a lo largo del curso del río Salado, en la provincia de Santa Fe, y luego tengo conocimiento de algunos hallazgos efectuados en las márgenes de la laguna de Chascomús, provincia de Buenos Aires.

OBJETOS DE METAL.

No he podido encontrar ni obtener la menor referencia acerca del hallazgo de objeto alguno de metal, ni de indicios de su elaboración.

No sería aventurado suponer que los objetos de metal mencionados por algunos cronistas fueran intrusivos. En la citada «Relación» de la expedición de Cabrera se describe exactamente, un topo peruano: «Traen todos los mas en las tocas y tocados que de lana hazen por galla muchas varillas largas de metales y al cavo dellas como cucharas», luego agrega: «y todos los mas con un cuchillo colgado con un fiador de la mano derecha que se proveen los mas de ellos y otras cosas que de hierro tienen de Rescate» (1). Parecería desprenderse del texto algo confuso de esta relación que sólo las «otras cosas de hierro» provenían de «Rescate» y que los cuchillos — cuyo material no se indica — eran de fabricación local («que se proveen los mas de ellos»). Sin embargo, no puede caber duda alguna acerca de la procedencia europea de tales implementos, cuya adquisición debió ser empresa fácil, puesto que en 1573, fecha de la fundación de Córdoba, llevaban los comechingones más de veinte años de contacto, más o menos directo y permanente, con los vecinos pobladores de El Barco y Santiago del Estero, y los desventurados compañeros del fiero don Francisco de Mendoza debieron dejarles, algunos años antes, abundantes despojos en su propio territorio.

(1) Relación citada.



Fig. 27 ± 1/2

CONCLUSIONES.

Hemos visto que los informes sociológicos que, acerca de los comechingones, nos suministran las más autorizadas fuentes históricas, coinciden, exactamente, en sus líneas generales con los que conocemos sobre los diaguitas; pueblos sedentarios y agricultores, habían llegado a domesticar algunas especies de camélidos cuya lana sabían tejer y empleaban en la confección de sus trajes. Estos caracteres separan de un modo absoluto a estos pueblos de los que habitaban las llanuras próximas, nómades o seminómades todos ellos.

Las investigaciones arqueológicas acentúan aún, estas afinidades entre diaguitas y comechingones. Excepción hecha de las bolas, cuya filiación pampeana puede muy fácilmente establecerse, y que, por otra parte, no fueron del todo desconocidas de los belicosos pobladores de los valles preandinos, todos los restos industriales de los comechingones tienen sus representantes análogos dentro de las manufacturas diaguitas.

Ciertamente que no podrían invertirse los términos del párrafo anterior. Faltan por completo en la sierra de Córdoba las construcciones que más alto pregonan el grado de adelanto alcanzado por los diaguitas: sus grandes pueblos, sus estratégicos pucarás, sus ingeniosos andenes para cultivos, así también las grandes muestras de su desarrollo artístico, exteriorizado en la magnífica ornamentación de su cerámica y en su grande habilidad para tallar la piedra; finalmente, la más alta expresión de su progreso industrial: la metalurgia.

Pero sabido es que los más autorizados americanistas, exceptuando tal cual acérrimo defensor de la *autonomía* cultural de los diaguitas, — están de acuerdo en considerar que estas altas manifestaciones culturales de los diaguitas, son la prueba más evidente de la influencia de la civilización incásica en el noroeste argentino.

Cabría agregar que algunos otros restos característicos de los pueblos del oeste han sido considerados como el resultado de influencias de agrupaciones de estirpe tupí-guaraní.

En Córdoba no se ha encontrado aún — que yo sepa — ningún resto arqueológico que deje traslucir un rastro de influencia peruana, menos guaraníca. Los autores que se han ocupado del controvertido problema de las relaciones prehispánicas de incas y diaguitas, excluyen siempre a Córdoba de la zona en discusión. Boman, que se ha ocupado del asunto con detenimiento trayendo a colación las más autorizadas fuentes his-

tóricas, no menciona nunca la antigua heredad de los comechingones. Bien es cierto que los cronistas antiguos hablan siempre de El Tucumán, región de límites vagos e imprecisos.

Pero el celebrado autor de las «Antiquités» y casi todos cuantos se ocuparon de etnología argentina, no dispusieron de la obra de cronista observador y veraz que para el caso presente aporta datos preciosos, por lo concretos. Refiérome a Fr. Reginaldo de Lizárraga, quien refiriéndose a los «guarpes» de los llanos de Mendoza, nos dice: «Es gente poca, sujeta a sus curacas, y bárbara; Túvolos el Inga subjectos, y algunos hablan la lengua del Perú, general, como en Tucumán, si no es en Córdoba, donde no alcanzó el gobierno del Inga». (1). Estas referencias históricas y otras que oportunamente aportaremos, unidas al análisis de material que rápidamente he hecho, y a las minuciosas observaciones realizadas sobre el terreno, tiéntanme a esbozar una hipótesis provisional, sin duda, y expuesta a las rectificaciones que futuros descubrimientos obliguen a formular, pero que me parece la consecuencia lógica de los conocimientos que hoy tenemos sobre el problema.

Ignoramos la etnogénesis de diaguitas y comechingones, ignoramos sus vinculaciones étnicas y lingüísticas, pero los conocimientos históricos y arqueológicos, acerca de la civilización de ambos pueblos, nos inclinan a creer que diaguitas y comechingones fueron, en cierta época, pueblos de un mismo estado de evolución cultural. Los primeros habrían recibido, luego, una intensa influencia de la civilización incásica y también, en menor cuantía, de los pueblos radicados al oriente de Sud América; los segundos habrían permanecido aislados y estacionarios, fuera de las rutas de migraciones y de comercio prehispánicos.

Paraná, octubre de 1924.

(1) Fr. REGINALDO LIZÁRRAGA. *Descripción Colonial*, pág. 257. «Biblioteca Argentina». Tomo 14. Buenos Aires, 1916.